



Cuaderno
de bitácora

Cartas de amor a Stalin

de Juan Mayorga

El poder como lo sueña el impotente

Hace no mucho tiempo, en un saldo de unos grandes almacenes, encontré un libro titulado *Cartas a Stalin*. Nada más hojearlo, supe que allí había una obra de teatro.

Se trataba de una recopilación de cartas enviadas al dictador por los escritores Mijail Bulgákov y Eugeni Zamiatin. De hecho, todas las cartas salvo una se debían a Bulgákov. El libro incluía alguna información contextual. Por ejemplo, se daba noticia de una breve e interrumpida llamada telefónica que, según Bulgákov, le había dirigido el mismísimo Stalin. En esa llamada, Stalin le había expresado su respeto y le anunciaba un próximo encuentro cara a cara.

Inmediatamente me interesó la figura de un autor que renuncia a la ficción literaria y se consagra a escribir para un solo lector. Cartas progresivamente marcadas por el anhelo del artista censurado de encontrarse con el Gran Censor. Ese anhelo se convierte en obsesión a partir de una llamada del poderoso que el impotente escucha como si fuese la voz de la Providencia. El deseo del encuentro llega a ser tan fuerte que exige su consumación al menos en la fantasía y a costa de la vida real.

La vida real: una mujer. La compañera de Bulgákov lucha por expulsar al fantasma. Antes, ella misma le ha abierto la puerta al proponer al autor un juego que llegará a ser perverso: "Imaginemos que yo soy Stalin. Imaginemos cómo reaccionará él ante tus cartas". Ese juego es la grieta que el fantasma aprovecha para ocupar el espacio privado del matrimonio y el cerebro del escritor. Tan tenazmente como el Stalin real ocupa la Unión Soviética con una gran red telefónica.

Por supuesto, aquel hallazgo de las cartas de Bulgákov a Stalin me llevó a investigar sobre ambas personas históricas. Pero desde el principio supe que no era una obra historicista lo que yo quería escribir. No se trataba de reconstruir un episodio del pasado, sino de teatralizar un caso que representase a otros muchos de todo tiempo y lugar.

El artista suele tenerse por el hombre más libre. En realidad, puede ser más vulnerable que el hombre común a la caricia y al puño del poderoso. Sobre todo cuando de éste dependen la realización o la difusión de su arte. O cuando se hace la ilusión de que su obra, cambiando el alma del poderoso, puede cambiar el mundo.

Recíprocamente, el poderoso, que a menudo ignora al hombre de cultura, busca a veces su compañía. Como si la mera cercanía del intelectual proporcionase al hombre práctico —ante la opinión pública o ante sí mismo— una cobertura estética o incluso una legitimación moral.

Pensé que la compleja relación entre el creador y el poderoso podía contemplarse bajo luz especial en una

sociedad tan integrada como lo fue la soviética en tiempos de Stalin. Una sociedad en la que ejercer la disidencia suponía la colisión no sólo con el líder, sino también con el movimiento colectivo conducido por él. Una sociedad en la que el crítico era excluido en tanto que traidor.

Que una sociedad así sólo ofrece exclusión al disidente, eso lo entiende antes un ser humano común que un artista hambriento de respeto. En mi obra, Bulgákov descubre algo que Bulgákov siempre ignorará: del poder no se debe esperar nada. Esa diferencia entre Bulgákov y Bulgákov organizó mi construcción de ambos personajes y de su relación. También me llevó a componer un Stalin que se aparta mucho de la imagen consolidada por los historiadores académicos. El Stalin que yo quería ver era un fantasma que nace en la mente de Bulgákov y que evoluciona en escena como en la mente de Bulgákov. Un fantasma que acaba fundiéndose con quien lo sueña. El poder como lo sueña el impotente.

Se trataba de poner en escena una violencia que no necesita campos de concentración ni pelotones de fusilamiento, ni siquiera la amenaza física, sino que se limita a jugar con la necesidad humana de reconocimiento; una violencia sin golpes, pero de la que sólo se puede escapar en una fuga imaginaria; una violencia incruenta, pero que conduce a la autocensura, al autoengaño, a la autodestrucción.

Se trataba de poner en escena a un creador y su demonio. O, simplemente, a un hombre y su demonio. Porque ¿quién no ha esperado alguna vez una llamada?

De eso se trataba y eso fue lo que determinó cada una de mis decisiones al escribir el texto. El envío a la extraescena de cualquier personaje fuera del triángulo Bulgákov-Bulgákov-Stalin. El espacio único: ese lugar en que Bulgákov escribe y que el fantasma hace suyo. El tratamiento temporal: una secuencia de fragmentos en que se siente más y más el peso de la repetición obsesiva. La obra debía crecer no hacia delante, sino hacia dentro. Hacia el centro de la mente de Bulgákov. De modo que el espectador llegase a participar de la náusea de la repetición que encierra a Bulgákov dentro de sí mismo.

Todas esas decisiones configuraban ya la primera versión del texto, que escribí a finales del 97. Sobre ella, en una traducción inglesa, tuve la suerte de trabajar con actores del Royal Court de Londres en el verano del 98. Además, mi texto se benefició de la lectura crítica de autores, directores y espectadores. Así como las preguntas de Guillermo Heras, Helio Pedregal, Magüi Mira y Eusebio Lázaro en el proceso de ensayos y descubrimientos de los actores antes y después del estreno me llevaron a reescribir algunas zonas de *Cartas de amor a Stalin*.

Que sigue abierta a la crítica y a la reescritura. ■

Cartas de amor a Stalin

[fragmento]

BULGÁKOV: (A Stalin). Ella cree que fue una alucinación. Que en realidad nunca me telefoneaste. Sin embargo, yo escuché perfectamente cómo me decías: “Camarada Bulgákov, no podemos permitirnos prescindir de usted. Vamos a encontrarnos usted y yo para hablar acerca de su futuro”. ¡Lo dijiste! ¡Querías recibirme! Pero ¿qué ha pasado desde entonces? ¿Qué está pasando? Ella cree que aquella llamada fue una trampa. Que condujiste la conversación conforme a tus intereses y la interrumpiste cuando te vino bien. Que me manejaste.

STALIN: A menudo me pregunto si esta mujer te conviene.

BULGÁKOV: La convivencia con ella se está volviendo imposible. Cada día es peor.

STALIN: Por lo menos te ha quitado aquella camisa espantosa.

BULGÁKOV: No me la ha quitado. Yo mismo tuve que tirarla por la ventana. Insoportable, se está poniendo insoportable.

STALIN: Y todo el día mareándote con el mismo serial: “La vuelta al mundo de Zamiatin”.

BULGÁKOV: Telegrama de Zamiatin desde Amsterdam; postal de Zamiatin desde España...

STALIN: ¿Y en la cama?

BULGÁKOV: No sé. Desde hace tiempo... No sé qué me pasa.

STALIN: Lo dices como si fuera tuya la culpa.

BULGÁKOV: No sé.

STALIN: ¿Ha conseguido hacerte creer que tú eres el culpable? ¿Y todavía se atreve a decir que yo te manejo? Te sientes culpable de estar conmigo en lugar de con ella, ¿no es así? Verdaderamente, esta mujer sabe cómo moverte los hilos. Ni siquiera te atreves a tocarme.

(Pausa. Bulgákov se atreve a tocar a Stalin. Silencio).

BULGÁKOV: Si al menos volvieras a llamarme...

STALIN: ¿Estás intentando sobornarme, Mijail?

BULGÁKOV: No, no.

STALIN: Corromperme.

BULGÁKOV: No.

STALIN: Corromper a la nación. ¿Es eso lo que pretendes?

(Se aparta bruscamente de Bulgákov. Éste queda en el aire, como aquél a quien el amante se le evapora entre los brazos. Su mujer todavía le tiende la carta).



BULGÁKOVA: Carta de Zamiatin desde París.

(Pausa).

BULGÁKOVA: No es para ti. La envía a mi nombre. Quiere que me vaya con él. Ya sabes cómo es Zamiatin. Siempre sabe lo que quiere, y siempre habla claro.

(Pausa. Deja la carta. Se acerca a él. Lo toca).

BULGÁKOVA: Vayamos a la frontera, Mijail. Tú y yo, sin papeles, sólo con nuestra voluntad. Vamos a la frontera. Para atravesarla, sólo necesitamos estar juntos.

(Pausa).

BULGÁKOV: ¿Irme de Rusia?

BULGÁKOVA: Sólo necesitamos estar juntos. Donde sea. Mijail, donde tú quieras, con tal de que estemos juntos.

(Pausa).

BULGÁKOV: ¿Irme de Rusia? ¿Ahora, cuando él está tan cerca de aceptar mi punto de vista? Mi última carta le ha producido una honda impresión.

(Pausa).

BULGÁKOVA: ¿Por qué no te mata? ¿Por qué no envía a alguien a que acabe el trabajo? Habría muchos dispuestos a hacerlo. Todos esos que me escupen. Todos me escupen, en cuanto menciono tu nombre.

STALIN: (A Bulgákov). ¿Tiene que ir a todas partes con tu nombre por delante? Seguro que podría conseguir un pasaporte para sí misma. Incluso en el Comité de Asuntos Extranjeros, siempre que no vaya cacareando tu apellido. Dile que solicite un permiso para viajar sola al extranjero. Se lo entregarán al instante.

BULGÁKOV: No querrá irse sin mí. Habrá que obligarla, losif Visarionovich. Sácala de Rusia, lejos de nosotros, donde no pueda hacernos daño.